

Hojitas de Fe

Mi vivir es Cristo

17

3. Fiestas del Señor

La preparación a la Navidad, figurada en la persona del Bautista

Como es sabido, el tiempo de Adviento prepara nuestras almas a las tres venidas o advenimientos de Cristo entre nosotros: • el primero es su *venida en carne mortal*, por la Encarnación, para padecer y morir por nosotros; • el segundo es su *venida espiritual* a nuestras almas, por la gracia, para hacernos vivir de sus mismos misterios; • el tercero es su *venida al final de los tiempos*, por la Parusía, para juzgar a vivos y muertos.

Ahora bien, estas tres venidas reclaman una preparación similar, maravillosamente figurada y expresada por San Juan Bautista. Podríamos incluso decir que San Juan Bautista es un *adviento en acción*: toda su persona y misión se ordena enteramente a preparar los corazones para recibir a Cristo. Así, pues, considerando lo que San Juan Bautista fue en la primera venida de Cristo, veremos cuáles son las disposiciones que se requieren ahora en nosotros para preparamos dignamente a la fiesta de la Navidad.

1º Penitencia: Preparad los caminos del Señor.

Cuando se presentó San Juan Bautista, el mundo entero se commocionó, al menos en Judea. Hacía más de cuatro siglos que no había profetas en Judá, y la voz del Señor se había callado durante tanto tiempo justamente para que el pueblo elegido estuviese en vilo, en expectativa, del Mesías futuro. Por eso, cuando Juan hizo su aparición, todo el mundo acudió a él.

Para cumplir debidamente su misión, Juan tuvo que conocer, a la luz del Espíritu Santo, tres cosas: • el advenimiento inminente del Mesías; • las disposiciones morales con que Israel debía recibirllo; • la acción que él, como Precursor, debía realizar, tanto en orden al Mesías, a quien había de señalar con el dedo, como en orden a Israel, a quien había de disponer.

Pues bien, entre estas disposiciones, la primera que Juan predicó fue la **penitencia**:

«Fue dirigida la palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto. Y se fue por toda la región del Jordán proclamando un bautismo de conversión para perdón de los pecados, como está escrito en el libro de los oráculos del profeta Isaías: “Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas;

todo barranco será rellenado, todo monte y colina será rebajado, lo tortuoso se hará recto y las asperezas serán caminos llanos. Y todos verán la salvación de Dios”».

La penitencia que Juan inculcaba era una total renovación moral, que partiendo del arrepentimiento y confesión de los propios pecados, exigía una radical transformación de pensamientos y de sentimientos, y era principio de una vida nueva. Y el Precursor plasmaba gráficamente este cambio bajo la figura de un camino que se prepara.

- *¿Existen depresiones de abatimiento y desconfianza? Han de remediararse con un sano optimismo y con la confianza en Dios.*
- *¿Se interponen altiveces, como de montes y collados? Es menester abatirlas con la más profunda humildad.*
- *¿Hay desviaciones y torcimientos? Urge la necesidad de enderezarlos con la rectitud de intención.*
- *¿Quedan asperezas y tropiezos, que lastiman los pies del caminante? Deben despejarse y allanarse con la mansedumbre y la suavidad.*

Para lograr esta penitencia, Juan Bautista tenía en cuenta las disposiciones de cada uno. Y así, a unos amenazaba con los justos juicios y castigos de Dios, si no se arrepentían como era debido:

«Decía a la gente que acudía para ser bautizada por él: Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira inminente? Dad, pues, frutos dignos de conversión, y no andéis diciendo en vuestro interior: “Tenemos por padre a Abraham”; porque os digo que puede Dios de estas piedras dar hijos a Abraham. Y ya está el hacha puesta a la raíz de los árboles; y todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego... En su mano tiene el bieldo para limpiar su era y recoger el trigo en su granero; pero la paja la quemará con fuego que no se apaga».

A los justos que venían a él con disposiciones más perfectas, otro era el lenguaje que les dirigía:

«Yo os bautizo con agua; pero viene el que es más fuerte que yo, y no soy digno de desatarle la correa de sus sandalias. El os bautizará en Espíritu Santo y fuego».

2º Deseos ardientes del Señor.

La penitencia debe ir acompañada de **deseos ardientes del Salvador**: pues Juan estimulaba al cambio de vida justamente para prepararse a su llegada. Y aquí Juan nos da ejemplo de la más leal de las conductas: toda su vida, sin envío ni celo, queda consagrada a Cristo.

«Se suscitó una discusión entre los discípulos de Juan y un judío acerca de la purificación. Fueron, pues, donde Juan y le dijeron: “Rabbí, el que estaba contigo al otro lado del Jordán, aquel de quien diste testimonio, mira, está bautizando, y todos se van a él”. Juan respondió: “Nadie puede recibir nada si no se le ha dado del cielo. Vosotros mismos me sois testigos de que dije: “Yo no soy el Cristo, sino que he sido enviado delante de él”. El que tiene a la esposa es el esposo; pero el amigo

del esposo, el que asiste y le oye, se alegra mucho con la voz del esposo. Esta es, pues, mi alegría, que ha alcanzado su plenitud. Es preciso que él crezca y que yo disminuya».

Es preciso que El crezca y que yo disminuya. En esta expresión se resume todo el Antiguo Testamento frente al Nuevo. Todos los justos que se alegraron de la venida del Salvador fueron figura del Antiguo Testamento, que alcanzó su perfección y su fin al llegar el Salvador. Así, por ejemplo, el anciano Simeón, asegurado por el Espíritu Santo de que no moriría sin ver al Cristo del Señor, fue figura del Antiguo Testamento, al que el Espíritu Santo aseguró que no desaparecía hasta conducir de hecho a Cristo. Pero apenas Cristo se presentó, ¿qué exclamó Simeón?

*«Ahora, Señor, puedes, según tu palabra,
dejar que tu siervo se vaya en paz;
porque han visto mis ojos tu salvación,
la que has preparado a la vista de todos los pueblos,
luz para iluminar a los gentiles y gloria de tu pueblo Israel».*

3º Apostolado: conducir a Cristo a los demás.

Pero la misión principal de San Juan Bautista no era la predicación de la penitencia –que era sólo un medio–, sino la **manifestación de Cristo en todo Israel**.

«Al día siguiente ve a Jesús venir hacia él y dice: “He ahí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Este es por quien yo dije: Detrás de mí viene un hombre, que se ha puesto delante de mí, porque existía antes que yo. Y yo no le conocía, pero he venido a bautizar en agua para que él sea manifestado a Israel”. Y Juan dio testimonio diciendo: *“He visto al Espíritu que bajaba como una paloma del cielo y se quedaba sobre él. Y yo no le conocía, pero el que me envió a bautizar con agua, me dijo: Aquel sobre quien veas que baja el Espíritu y se queda sobre él, ése es el que bautiza con Espíritu Santo. Y yo le he visto y doy testimonio de que éste es el Ungido de Dios”.*

Siguiendo dócilmente este testimonio de Juan Bautista, dos de sus discípulos, Juan y Andrés, fueron al día siguiente en pos de Jesús, y Jesús los hizo discípulos suyos. A partir de ahí comenzó a generarse todo un entusiasmo entre estos jóvenes elegidos que condujo a Cristo nada menos que a seis de sus doce Apóstoles. Así pues, San Juan Bautista tuvo la gloria de haberle dado a Cristo sus Apóstoles, los que luego serían las columnas de la Iglesia. Más tarde le enviaría también, para que creyesen en El, a dos de sus discípulos recalcitrantes:

«Y lo que se decía de El, se propagó por toda Judea y por toda la región circunvecina. Sus discípulos llevaron a Juan todas estas noticias. Entonces él, llamando a dos de ellos, los envió a decir al Señor: “¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?”. Llegando donde él aquellos hombres, dijeron: “Juan el Bautista nos ha enviado a decirte: ¿Eres tú el que ha de venir o debemos esperar a otro?”. En aquel momento curó a muchos de sus enfermedades y dolencias, y de malos es-

píritus, y dio vista a muchos ciegos. Y les respondió: “*Id y contad a Juan lo que habéis visto y oído: Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, se anuncia a los pobres la Buena Nueva; ¡y di- choso aquel que no halle escándalo en Mí!*”».

Conclusión.

No nos olvidemos, sin embargo, de prepararnos a la venida del Salvador por medio de Nuestra Señora. Muy íntimo es el lazo que existe entre San Juan Bautista y la Santísima Virgen. Baste recordar que San Juan Bautista es el primer milagro de gracia realizado por la Santísima Virgen, su primera intervención como Mediadora de todas las gracias; ya que el Evangelio nos cuenta que, al saludo que María dirigió a su prima Santa Isabel, quedó santificado el niño que Isabel llevaba en sus entrañas.

Pues bien, así como a la Santísima Virgen le tocó preparar a Juan Bautista para la misión de Precursor que debía cumplir ante su Hijo, así también a Ella le corresponde producir en nuestras almas estas disposiciones del tiempo de Adviento, para que nos preparemos dignamente al Nacimiento de su Hijo. Por eso la Santa Iglesia, en su Liturgia, señala luminosamente la figura de María, en la fiesta de su Inmaculada Concepción, y en la fiesta (para América Hispana) de Nuestra Señora de Guadalupe. Pidámosle a Ella que nos conceda todas estas disposiciones interiores.

Estas serán también las disposiciones de la última venida: • penitencia (como claramente lo subraya el *mensaje de Fátima*); • gran deseo de Cristo, de la llegada de su Reino y de su segunda venida («*al final, mi Corazón inmaculado triunfará*»); • apostolado, para conducirle a El muchas almas; • y todo ello, con la intervención personal de un nuevo Juan Bautista (Elías, que tiene reservada una misión al final de los tiempos) y la acción personal de Nuestra Señora.

CRUZADA DEL ROSARIO 2014

del 1 de enero al 8 de junio

Objetivo: 5 millones de rosarios

- Para implorar la protección especial del Corazón Inmaculado de María sobre las obras de la Tradición
 - Por la vuelta de la Tradición a la Iglesia
 - Por el triunfo del Corazón inmaculado de María mediante la consagración de Rusia.